

ÍNDICE

A modo de prefacio	11
¿El retorno de los campesinos?	
Introducción	15
I. En el comienzo fue la Tierra...	17
De la tierra sagrada a la propiedad sagrada	
El mal uso de la tierra	33
Por una superación del problema de la propiedad de la tierra	39
II. Del campesino al productor agrícola	45
Historia de un crimen	
La destrucción de las sociedades campesinas	46
Migraciones y urbanizaciones	59
¿Qué queda de los campesinos?	70
III. Habilidades y técnicas	75
Historia de una desposesión	
De la sapiencia campesina... a la agronomía	76
¿Habéis dicho progreso?	81
Las consecuencias de la industrialización de la agricultura	94
Los beneficios de la «rutina»	102
IV. Producción y comercio	109
De la autosubsistencia al mercado mundializado	
El fin de la autosuficiencia	109

Producir para vender	114
El comercio agrícola, un comercio destructor	118
¿Por un comercio justo?	124
Soberanía alimentaria: por un retorno a la autosuficiencia	127
V. Las luchas campesinas	131
De la revuelta a la revolución	
Los campesinos en las revoluciones y las revoluciones campesinas	132
Los campesinos en la globalización	141
Luchas campesinas y sociedad	148
VI. El siglo XXI será campesino... o no será nada	157
Soluciones que no lo son	159
Lo que proponen los campesinos	168
El retorno del campesino: ¿Una oportunidad para la sociedad?	180
Conclusión	189
Bibliografía	193

A MODO DE PREFACIO

¿EL RETORNO DE LOS CAMPESINOS?

Cuando uno sueña solo, no es más que un sueño.
cuando soñamos juntos, es el comienzo de la
realidad.

HELDER CÁMARA

Se ha hablado del «fin de los campesinos», de la «muerte del campesino», de los «cantos de despedida»¹. Por supuesto que hay menos y que continúan desapareciendo. En algunas regiones es todo un mundo el que se ha esfumado. Pero, contra toda «racionalidad económica», los campesinos siguen presentes, representan todavía la mitad de la población mundial y comienzan a hacerse escuchar. Porque lo que tienen que decir nos interesa a todos. ¿De qué hablan? De la naturaleza, de la tierra, de los árboles, de las plantas, del agua, de los animales. También hablan de otras relaciones con el trabajo, con la técnica, con el comercio. De esto hace siglos que hablan, pero nadie los escuchaba, mejor dicho nadie quería escucharlos. Se estaba muy ocupado en modernizarse, inventar nuevas técnicas, en producir nuevas mercaderías, en construir ciudades, en cambiar la forma de vivir, en contaminar el planeta. El concepto dominante de la «civilización... exigía imperativamente el sacrificio del hombre de campo»,² y nadie se preocupaba por ese «crimen» cometido contra los campesinos. Incluso parecía un beneficio.

Pero esas mujeres y esos hombres de los campos de América, Asia, África y Europa se pusieron en marcha. Vuelven y sus palabras nos despiertan. Nos recuerdan lo que hemos perdido al destruir las civilizaciones campesinas, nosotros que creíamos que habíamos ganado muchísimo con el cambio.

1. Pierre AlphanDéry, Pierre Bitoun, Yves Dupont, *Les Champs du départ*, La Découverte, París, 1989.

2. Pierre Thuillier, *La Grande Implosion*, Fayard, París, 1995, p. 138.

Este libro, resultado de muchos años de trabajo sobre y con los campesinos en diferentes partes del mundo, está dedicado a esas mujeres y esos hombres que, contra viento y marea, luchan diariamente para conservar su dignidad. La mayor parte son pequeños agricultores, no son ricos, con frecuencia ni siquiera poseen la tierra que trabajan ni las herramientas, pueden incluso ser expulsados de sus casas y encontrarse sin nada. Otras veces son relativamente acomodados, viven en un agradable lugar de la campiña francesa, aman lo que hacen. Pero cuando se habla de su desaparición o de la realidad de que nadie proseguirá el trabajo en su granja, un velo de tristeza les empaña la mirada...

Quería simplemente decir que los quiero y que tuve el honor de haber podido en mi vida conocer a gente de semejante calidad. Quiero también decirles que a menudo me aportaron la esperanza y que querría con este libro transmitir a los demás todo lo que los y las campesinas me dieron.

Aquí me coloco deliberadamente del lado de los campesinos. Por supuesto, no de todos los hombres y mujeres que trabajan o viven en el campo: puesto que hay agricultores depredadores y agricultores depredados. Los primeros son los grandes explotadores que gestionan la tierra, el trabajo, las plantas y los animales como si fuesen objetos inanimados, de los que hay que obtener el máximo beneficio. Para ello destruyen la tierra, a los campesinos, al porvenir de la humanidad. Como ese agricultor de la Beauce que me decía que el arma alimentaria, que comparaba con la atómica, no le planteaba ningún problema si le permitía vender toda su cosecha, ese no es un campesino sino un depredador. O ese gran propietario andaluz, que declaraba tranquilamente que, en los años ochenta, le habría aliviado ver desaparecer 300.000 campesinos sin tierra en Andalucía. También es un depredador. Sin embargo, al ser totalmente dependientes del sistema industrial, sufren con sus avatares. Grandes destructores de los equilibrios naturales, sierran metódicamente la rama donde están sentados. Al vivir solamente de acuerdo al ritmo de los mercados, deben, sin descanso, vigilar las cotizaciones y hacer presión sobre los poderes públicos para mantener sus altos ingresos. En resumen, una potencia con una gran dependencia.

En cuanto a los depredados, no quieren morir. Deben luchar para sobrevivir como campesinos cualesquiera que sean sus condiciones

materiales. Se adhieren a la vida donde pueden: así sea en las laderas erosionadas de las montañas de Chiapas, en el desierto del Neguev, en las periferias de las megalópolis. Son millones. Y son muy diversos: indígenas de América, africanos, asiáticos, europeos. Porque no tienen tierra, la reivindican: realizan marchas en todo el mundo para reclamar tierras para cultivar. No se sienten seducidos por las «luces de la ciudad», pero, sin embargo, nos hablan de una vida diferente, de la construcción de nuevas formas de relación con la naturaleza y entre nosotros. Tienen conocimientos, algunas veces milenarios, estiman lo que hacen, y quisieran transmitir ese amor a su descendencia. Todavía están allí y por mucho tiempo... felizmente para nosotros.